

Me importó la obra 30. pesos.

J. J. Flores

BX945
B4
V. 3
C. 1

DE LA IGLESIA

DESDE LA PREDICACION DE LOS APOSTOLES HASTA EL PONTIFICADO DE GREGORIO XVI

OPUS RECTA ET FRAGRA

OPUS RECTA ET FRAGRA

OPUS RECTA ET FRAGRA

correcta y completa desde el año 1718, en que se dejó en venta, hasta el año 1843

Y REVISADA POR DIFERENTES PERSONAS

POR EL BARON HENRIKON

Comendador de la orden de San Gregorio el Grande, caballero de la Real orden de San Fernando y San Carlos, de la Real Academia de la Historia, condecorado con la Cruz de San Fernando.

TRADUCIDA AL ESPAÑOL Y AUMENTADA EN LO RELATIVO A ESPAÑA

110281



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DE LA CIUDAD DE LEON

MADRID: 1883

IMPRESA DE EL CATEDRAL, A CARGO DE D. JOSE GARCIA GONZALEZ, EN LA CALLE DE COLON, NUMERO 10, CUARTO PRINCIPAL

38481



HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

LIBRO VIGÉSIMO-OCTAVO.

Desde la espulsion de Focio en el año 886, hasta el pontificado de Juan XII en el de 956.

El cisma de los griegos, parecido al fuego que yace oculto bajo de la ceniza, apenas dió señal alguna de existencia en casi todo el siglo décimo, causando por consiguiente muy poca inquietud á los Sumos Pontífices. Parecía que de todo punto quedaba estinguído el espíritu de secta, ó á lo menos nunca se vió transeurrir tanto tiempo sin suscitarse heregía alguna. La Iglesia había de experimentar una especie de prueba que era absolutamente nueva para ella, esto es, era reducida por la conducta escandalosa de muchos Pontífices romanos; y en la larga

duracion de un ata que tan peligroso, quiso el Omnipotente tener como encadenados á todos los demas enemigos. Parecía á las veces que el mismo mal se trocaba en bien, ó á lo menos en una especie de recurso y preservativo. Por un efecto de la simplicidad que en este siglo fué mayor que en los anteriores, ó mas bien, por una atención particular de la sabiduría eterna en sacar su gloria de aquello mismo que se dirige á eclipsarla, estos pastores viciosos no perdieron nada de la autoridad necesaria para el gobierno del rebaño de Jesucristo, pues quizá en ningun otro tiempo mostraron los

fieles mas reverencia á la Cátedra de San Pedro. La ignorancia del siglo X, bien deplorable sin duda, pero tambien muy malignamente exagerada por los novadores, no impidió de modo alguno que el espíritu de verdad estuviese aun visiblemente con la Iglesia y le suministrase contra el error todos los auxilios que la han sido prometidos y que deben igualar su duracion con la de los siglos.

Tan pura fué la enseñanza comun en aquellos dias tempestuosos y sombríos, como en el siglo mas luminoso. Permanecieron sin ninguna mezcla que alterase su sustancia la esplicacion de los principales misterios, los símbolos de la fé, y la confesion de todos sus artículos; las santas observancias que dimanaban de ellos, el culto, los sacramentos y el sacrificio perpetuados sin interrupcion. Es cierto que ya no se escuchaba la voz elocuente de los Ambrosios, Agustinos, Leones, Basilio, Gregorios y Crisóstomos; pero tambien lo es que estos santos Padres sobrevivian en sus escritos inmortales, y que de ellos salian torrentes de luz que se esparcian hasta sobre los tiempos y lugares mas tenebrosos. No llegaban á igualarles los doctores que les sucedieron; pero conocian el valor de los tesoros que habian heredado. Interpretaban la sagrada Escritura segun estos modelos, estaban acordados en las mismas confesiones de fé, adoptaban las decisiones de los mismos Concilios, y habian aprendido en las mismas iglesias las santas observancias puestas en práctica en ellas desde el tiempo de los Apóstoles. Y aun muchos de estos maestros aunque carecian del gusto de los antiguos, de la elegancia y gracias de su estilo, no les cedian en erudicion, en talento, en vigor y vehemencia y aun quizá en penetracion, es decir, en todo lo interesante para defender la verdad y conservar el sagrado depósito. Y ¡cuántos habia ademas entre ellos que

autorizaban sus máximas con el ejemplo de grandes virtudes y de una santidad eminente! ¡Testimonio visible de la continua proteccion que dispensaba Dios á su Iglesia! Nunca brilló en ella mayor número de Santos que en el desgraciable siglo que vamos á describir.

No obstante, es necesario confesar que ninguna vez esperimentó el reinado pacífico de Cristo mas obstáculos. El imperio francés, que era una de sus mayores y mas hermosas porciones, vióse sumido al fin del siglo IX en el mas horroroso caos, siendo la primera causa de este desorden la poca energia de los descendientes de Carlomagno. Parecia que esta familia heroica habia agotado toda su fecundidad produciendo consecutivamente tres príncipes como Carlomagno, Pipino y Carlomagno. Los hijos de este último carecieron casi enteramente de las virtudes augustas de su padre. Cuando Carlos el Calvo, su nieto y tercer sucesor en el imperio, dió el ducado de Francia á Roberto el Fuerte, bisabuelo de Hugo Capeto, echó los primeros fundamentos de la dinastía que habia de encumbrarse sobre las ruinas de los carolingios. Consintiendo despues que estos gobiernos como tambien los principales empleos de la corona se hiciesen hereditarios, causó la mudanza total de la constitucion del Estado y preparó su ruina. Carlos el Craso que le sucedió en el imperio despues de tres años de interregno, esto es, en el 881, y heredó el reino de Francia en el de 885, se mostró todavia mas inepto en el manejo de las riendas de un gobierno tan vasto y agitado.

En tiempo de este príncipe débil y apocado redoblaron su audacia los feroces enemigos del nombre cristiano, que el Norte abortaba sin cesar para hacer sus correrías en las posesiones mas hermosas de la Iglesia. Acababan de devastar toda la Picardía donde pusieron fuego á la ciudad de San

Quintín, á la abadía de Nuestra Señora de Arras, y á una infinidad de iglesias del campo, cuando Carlos el Craso llegó de Alemania donde habia nacido de la estirpe carolingia de Germania. Apenas fué reconocido rey por los señores que le habian llamado para que hiciese frente á aquellos bárbaros, cuando regresó á su pais. Los normandos que al pronto se habian asustado con su llegada, luego que supieron su regreso dieron principio á sus devastaciones con un furor que excedia á cuanto habian hecho hasta entonces. Todos los lugares por donde pasaban quedaban cubiertos de cadáveres, no solo de algunos hombres valerosos que les habian resistido, sino de hombres mas ilustres, de eclesiásticos, de religiosos, de ancianos y de niños. Por último, fué tan terrible la calamidad, que haciendo traicion muchos cristianos á su patria y á su Religion, se confundieron con los idólatras para cometer en compañía de ellos los excesos de que por ningun otro medio creian poderse libertar (1). Pensaron los normandos en apoderarse de Paris y de otras ciudades que estaban situadas en lo interior del reino. Para contenerlos se habian fortificado algunas plazas en las orillas de los rios, y entre otras Pontoise, la que sitiaron y quemaron no obstante de haber capitulado. Pasaron desde allí al Sena, donde se embarcaron y llegaron á las cercanías de Paris con un número tan prodigioso de barcos, que en el espacio de dos leguas no se distinguian las aguas de aquel rio (885).

A pesar de la barbarie que caracterizaba entonces á los normandos, sabian disimularla en caso de necesidad (2). Su rey Sigefredo fué á conferenciar con Gozlin, obis-

po de Paris, pidiéndole 'el paso para sus tropas, y le aseguró que no pretendian ninguna otra cosa: á lo que respondió el obispo, que el emperador Carlos habia confiado aquella ciudad á unos súbditos fieles, y que la defenderian con todo el cuidado que exigian su fidelidad y prudencia. Todo Paris estaba todavia encerrado en la isla que hoy forma la ciudad, y que no tenia entonces mas que dos puentes, el grande que se llama hoy puente del Cambio, y el Pequeño que no ha mudado de nombre. Tenian uno y otro por defensa un torreón en la parte exterior, donde se edificaron despues los dos castillos demolidos pocos años há. No tardó en presentarse Sigefredo con su ejército por el lado del puente grande. Acometieron al torreón con encarnizamiento, y no cesaron de dar asaltos durante mas de dos meses. Pero Eudón ó Eudes, conde de Paris, Roberto el Fuerte su hermano, y el obispo Gozlin, que combatia en persona al lado de su sobrino el abad Ebolo, los rechazaron valerosamente é inutilizaron todos sus esfuerzos. Cansados por último los normandos desistieron del ataque el último dia de enero del año 886; pero tuvieron bloqueada la ciudad hasta el año siguiente, en que despues de haber enviado el emperador un refuerzo se presentó él mismo para hacer una paz vergonzosa que hubiera evitado sin duda con su ausencia y con el valor de sus oficiales. Abbon, monge de San German de los Prados, que habia presenciado el peligro de Paris, hizo una pintura de él en versos latinos, en que atribuye la libertad de esta ciudad á la proteccion de San German y de Santa Genoveva.

No habiendo podido conseguir los normandos que pasasen los barcos por debajo de los puentes de la ciudad, los llevaron por tierra á distancia de mas de dos mil pasos. Los volvieron á echar al agua cuando les pareció que no podian incomodarles las

(1) Fulc. ap. Flod. lib. 1, cap. 5.

(2) Chron. Norm. gest. Duch. tom. 2, pag. 327; Abb. 60 de Bell. Paris.

máquinas de guerra, y navegaron contra la corriente del Sena y del Yonne hasta llegar á la ciudad de Sens, que tuvieron sitiada por espacio de seis meses. Mas no habiendo sido mas felices en esta expedición que en la de Paris, destruyeron á sangre y fuego una parte considerable de la provincia de Borgoña (1).

Tantas calamidades, atribuidas justamente á la incapacidad del emperador Carlos, le atrajeron el desprecio de los grandes y del pueblo hasta en el centro del imperio. Para colmo de tantas desgracias aconteció que asistiendo al parlamento en el castillo de Tribur cerca de Maguncia en el día de San Martín del año 887, cayó en una debilidad que causaba tan grandes estragos en su espíritu como en su cuerpo. Abandonáronle á un mismo tiempo todos los señores de Germania, y reconocieron por rey á su sobrino Arnulfo, hijo ilegítimo de Carloman. Vióse reducido el desgraciado Carlos á una miseria tan estremada, que no hubiera podido subsistir en los primeros días á no haber sido por los auxilios que le suministró Luitberto, arzobispo de Maguncia. Tuvo despues de esto que mendigar su subsistencia del mismo que acababa de subir á su trono, el cual le dió por compasión el señorío de algunas aldeas de Alemania donde murió pocos meses despues.

Al punto que se estendió la noticia de su muerte, se dividieron los Estados que le habian obedecido. Una parte de Italia dió la corona á Berengario, hijo de Everardo, duque de Friuli, y otra coronó á Guido, hijo de Lamberto, duque de Espoleto. Los dos partidos llegaron á las manos peleando con todo el ardor que puede inspirar una esperanza igual de apoderarse del trono. Guido en fin quedó vencedor, viéndose precisado Berengario á refugiarse en Ger-

(1) Regla. ann. 888; Ann. Met. eod. an.

mania cerca del rey Arnulfo ó Arnaldo. En Francia los Estados dieron la corona á Eudón ú Odon (887), aquel valeroso conde de Paris y de Orleans que los habia defendido tan bien del furor de los bárbaros. Prestó el rey de Germania su consentimiento á la elección de un gefe de quien tenia el reino tanta necesidad en aquellas circunstancias. Pero no se miró del mismo modo la empresa de Raulo ó Rodulfo, el cual se hizo rey de la Borgoña alta, esto es, del país situado entre los Alpes y el monte Jura. De allí á poco tiempo el arzobispo de Viena fué á manifestar al Papa el lamentable estado en que se encontraban las provincias meridionales que se veian asoladas por los normandos y por los sarracenos, y al oír su relato el Papa Esteban no pudo contener las lágrimas y escribió luego á los obispos de la Galia cisalpina en favor del jóven Luis, hijo de Boson y de la reina Ermingarda, hija del emperador Luis II. Reuniéronse, pues, en Valencia (890) los metropolitanos de Lyon, de Arlés, de Viena y de Embrun con la mayor parte de sus sufragáneos, y allí, siguiendo el consejo del Papa, eligieron al jóven Luis que fué consagrado en el Concilio. No tenia mas de diez años; pero se contaba con los buenos consejos de su tío Ricardo, duque de Borgoña, y con los de la reina Ermingarda su madre. Tal fué el principio del reino de Arlés ó de Provenza. En lo sucesivo y siempre con el pretexto de reprimir el furor de los bárbaros ó la insolencia de los pueblos se erigieron muchos mas soberanos, cuyas disensiones y tiranía fueron mas insufribles que los males á que pretendian poner remedio.

En medio de esta especie de anarquía producida por la multitud de tantos pequeños soberanos, no dejaban los prelados eclesiásticos de celebrar sus asambleas y de imponer á lo menos penitencias rigurosas por los delitos que no podian impedir. En un

Concilio celebrado en Maguncia el año 888 por los obispos de aquella provincia con los de las metrópolis de Colonia y Tréveris, se quejó Arnón, obispo de Wurtzburgo, de que unos malvados se apoderaron de un sacerdote venerable, le raparon la cabeza, le cortaron las narices, y le dieron tantos golpes que le dejaron por muerto (1). El Concilio los excomulgó y arregló por punto general del modo siguiente la penitencia de cualquiera que quitase la vida á un sacerdote: «No volverá jamás á comer carne ni á beber vino; ayunará todos los días hasta la noche, escepto los domingos y las fiestas; no llevará armas y andará siempre á pie. Por espacio de cinco años no entrará en la iglesia, sino que empleará el tiempo que dure la misa y los demas oficios haciendo oración á la puerta del lugar santo. En los siete años siguientes se le concederá la entrada en la iglesia, pero no la comunión. Pasados doce años podrá comulgar observando lo demas de su penitencia tres veces en la semana.» Tal era el rigor y la severidad de la disciplina en unos tiempos tan infelices!

En otro Concilio, celebrado en Metz en el mismo año 888, se reclamó fuertemente contra el robo y usurpación, tan comunes entonces, de los bienes eclesiásticos (2). Se prohibió con especialidad á los señores legos que se apropiasen ninguna parte de los diezmos en la estension de sus patronatos. Se decretó que un párroco no pudiese tener dos parroquias; que no llevase nada por la sepultura; que los sacerdotes manifestasen al obispo en el Sinodo sus libros con sus ornamentos sacerdotales, y que no pudiesen llevar armas ni vestir como los seglares. Se renovaron las prohibiciones de comunicar con los excomulgados, esceptuando á los

(1) Tom. 9 Conciliar. pag. 401.

(2) Ib. pag. 412.

señores con respecto á sus siervos, libertos y vasallos: restricción prudente y muy digna de notarse en un siglo tan vilipendiado. Habiendo tenido un sacerdote un hijo con su propia hermana, se mandó con motivo de este delito, igualmente contrario á la naturaleza que á las costumbres de todos los siglos, que ningun sacerdote tuviese habitualmente en su casa muger alguna, ni aun á su madre ó hermanas. Habiéndose casado públicamente otro sacerdote en la diócesis de Chalons del Marne, indignó de tal modo á algunos fieles piadosos esta union escandalosa y sin ejemplar, que se opusieron á ella con todas sus fuerzas, é impidieron que el sacrilego esposo cohabitase con la que habia elegido por muger. El obispo Lancion escribió despues al metropolitano para que le castigase de tal modo que sirviese de escarmiento á los demas.

Las instrucciones dadas por Riculfo de Soissons en el año de 889 á los sacerdotes de su diócesis, son uno de los mejores documentos para apreciar en su justo valor las continuas y exageradas declamaciones de muchos novadores y de algunos ortodoxos poco reflexivos que los han copiado ciegamente. «Cuidad, dice (1), de cantar las horas canónicas, prima, tercia, sesta, la misa que celebrareis todos los días, nona, vísperas, completas y maitines. Exhortad á vuestros feligreses á que por lo menos asistan frecuentemente á la misa, y á que los domingos y fiestas no falten á maitines, á la misa y á las vísperas. Todos vosotros debeis saber de memoria los salmos, el simbolo de San Atanasio y el cánon de la misa. Tambien debeis tener un misal, un breviario, un libro de los Evangelios, un martirologio, un antifonario, el salterio y las cuarenta homillas de San Gregorio!

(1) Annales, tom. 8, pag. 438.